PAISAJES Y REFUGIOS
El Lago Castañeda y sus alrededores
Ramiro Ledesma

A D. José Ortega Gasset

En un rincón de España, hundido, resguardado por un círculo de altas montañas, el lago Castañeda muestra al alma solitaria un refugio, un paisaje, entre cuyas dulcedumbres la energía individual brota rauda, avasallando timideces o destruyendo dolosas influencias. Son paisajes duros, recios, de rocas peladas y primitivas. Hay que contemplarlos con el alma, embriagados con los gritos del silencio, para comprender en toda su magnitud lo que debe representar el paisaje en una sensibilidad. No son unos vocingleros del éxtasis. No. Estos paisajes del lago Castañeda donde a lo más una vegetación enana dulcifica los aspectos, se nos antojan como las imágenes simbólicas de un gran arte, de ese gran arte que, pese a las predicciones spenglerianas, ha de surgir, aunque ahora no sea más que un fúlgido sueño. Yo he sentido cómo el alma se apodera de los paisajes, de estos paisajes individualistas, y hace de ellos una especie de stadium donde revolotean toda clase de concepciones, como proclamando que la soledad frente a un paisaje propicio es nada menos que un vórtice de energías. Huid de las situaciones refinadas, esto es, de los paisajes dulces y ñoños. Porque hemos de ser nosotros quienes nos apoderemos del paisaje, no viceversa. Y extasiarse ante un paisaje, como ante una obra de arte, es un error y una debilidad.

Este lago Castañeda, que nos hace pensar en cataclismos geológicos, enorme recipiente de agua dulce, limitado por casi impracticables montañas pudiéramos titularlo un germen de verdadera poesía —poesía salvaje—, si a quince o veinte kilómetros a la redonda no turbara nuestros soliloquios una voz hueca, gemido gutural y extraño, que denuncia miserias y habla elocuentemente de vivires absurdos y de catástrofes mentales.

Es una tarde calurosa de agosto. Las arboledas y los prados no logran mitigar el sofoco de nuestra lamentable enclenquez física. El auto traga kilómetros y kilómetros de blanca carretera, que se extiende sobre el monte con mil sinuosidades y culebreos, al igual que una enorme cinta abandonada sobre el suelo...

Son dos los incentivos que animan nuestro viaje por tierras de Sanabria: sumirnos, aponderarnos, mejor dicho, de la inmensidad del lago Castañeda, el uno; conocer la miseria de sus alrededores, el otro. Y este río Tera, que lleva sus aguas en dirección contraria a la nuestra, parece reprochamos el segundo propósito, pues forma vegas hermosas y, al regar campos innumerables, da riqueza y alegría a esos pueblecitos que a nuestra derecha y a nuestra izquierda nos contemplan mudos... Pero un amigo de excursión, conocedor de estos lugares, que ve un signo optimista en mi semblante, lo ataja diciéndonos: «La miseria es allí. Fíjese. Entre aquellas montañas...» Y estas palabras hasta hacen que veamos con tristeza las vegas rientes...

Llegamos a un pueblo, Mombuey, en plena canícula, sudorosos, y mi amigo me hace apear del auto para que contemple una torre árabe, muy sugerente, magnífica, de fácil y a la vez profunda arquitectura, a la que el tiempo va despojando poco a poco de su arrogancia, ya ilusoria.

Seguimos... A nuestra izquierda, como asomando al río, queda Puebla de Sanabria, tortuosa y lúgubre... Luego, unos kilómetros más adelante, ya la montaña proyecta sombras y relieves, impidiendo que fijemos la vista en el cercano derredor, porque las sugerencias de la lejanía arrastran nuestro ánimo. Y así un hermoso pueblo, Trefacio, situado en una vega magnífica, queda atrás inadvertido.

Unos minutos no más, cuando el auto da cima a una sinuosidad de la carretera, se ofrece a nuestra vista, esplendoroso, sublime, fuerte y recio, el lago Castañeda, y la primera impresión, lo reconocemos, fue un tembleque de cobardía y de rabia. Nosotros íbamos a la conquista del lago. De

las voluptuosidades que más nos ilusionan, más aún que apoderamos del alma de un libro, de una obra de arte, es la que sentimos al absorber un paisaje intenso y duro. Y ante nosotros, de golpe, sin aviso previo, se levantaba como una inmensa e inacabable fila de paisajes intensos y duros...

Luego, a las pocas horas, en ese tránsito de emotividad en el que la Naturaleza pugna por entrar en nosotros, ya nuestra alma vagó, solitaria, tranquila, con las porosidades muy abiertas, por los más solitarios y tranquilos rincones del lago, dijérase que buscando la estrategia más propicia a sus planes bélicos. Hasta descendió, rumorosa con borbotones, al fondo, y allí sembró una idea, o inoculó en los pececillos un anhelo... Y a la vez, absorbiendo, absorbiendo, porque la constitución del alma es, no lo dude nadie, una mezcla de metal y esponja.

Después la noche... Allí las noches son más oscuras que en otros puntos cualesquiera, porque los astros casi no brillan... Con la noche se nos presenta el conflicto de dormir. La comodidad no se conoce en estos lares; tenemos que dormir en el suelo. La doncella del hotel así nos lo manifiesta; y cuando nota en nosotros un síntoma de desagrado, dice para sus adentros: «¡Estos señoritos! ¿Quién los mandará venir aquí?»

Los días siguientes arde en nosotros el deseo físico de «ver con los ojos» todo aquello, de palpar con la mirada hasta el más íntimo rincón de los paisajes. Y allí nuestra destreza juvenil para en barca de remos cruzar el lago en todas direcciones — tiene cinco kilómetros de largo por tres de ancho—, admirando a cada paso un rasgo, un matiz, sufriendo a cada minuto el espejismo de los sentidos, que nos hace ver las cosas de forma distinta a como son, con variaciones cómicas que a veces producen risa. ¡Oh, aquel campesino que sobre una enorme roca en lo alto de la montaña semejaba un águila!

Y gozaba nuestra alma las puestas del sol, aquellos momentos en que la luz era un conjunto de luces, y se esparcían por el lago reverberos innúmeros... Y la brisa ortal, agradable respiró de la montaña, originaria de pulmones inmensos de roca, era como un abrazo cuyas caricias penetran «en lo hondo»...

Vamos de risco en risco buscando el sendero de la montaña. Hacemos infinidad de eses, muchas eses. Si camináramos en línea recta nuestra ascensión se reduciría a la tercera parte de sendero, Y sin querer, pensamos en esas vidas a las que los obstáculos les impiden llegar a la cúspide, como individualidades infecundas cuyo símbolo es una sinuosa.

— El pueblo está al otro lado de la montaña— nos dice el guía.

En efecto: ya en lo alto, y después de una pequeña desviación hacia la derecha, comenzamos a ver las casas. El pueblo es San Martín de Castañeda, y en él existe un Monasterio antiquísimo de gran valor, hoy hecho iglesia del pueblecito. Saludamos al párroco, que, muy amable, se ofrece a enseñamos el Monasterio, de curiosa historia y esplendores lejanos. Allí, en tiempos remotísimos, vivió una Comunidad de frailes Bernardos, austeros y doctos. De su seno salieron dos obispos. El cura nos va explicando muchas cosas. Es muy lamentable el estado en que se encuentra todo. Abundan en los rincones acervos de muebles viejos; el párroco nos habla de falta de recursos, y se queja... con voz que en aquel recinto suena «a cosa muerta»...

Salimos. Frente a nosotros se extiende un valle —único terreno cultivado de que disfruta el pueblo— inverosímilmente dividido en pequeñas parcelas. Habla el guía:

— Mire usted. Todo esto era de los frailes. Ahora lo tiene el pueblo en renta, y de él viven ciento veintisiete familias.

Nos extraña la división del valle, hecha de tal forma que cada familia tiene un trocito. Cultivan centeno y lino. De éste hacen sus ropas, de aquél obtienen lo necesario para comer un mes. La miseria que advertimos excede con mucho a lo que habíamos imaginado. Aquí nadie tiene nada. La nieve los envuelve seis meses, del año, y los lobos le merman las ovejas y las vacas, únicos recursos propios de que disponen. La vestimenta es de un salvajismo extremo. No se ven caras robustas, y todos tienen en el rostro el estigma —socialmente vergonzoso— del hambre. A lo lejos vemos cómo trabajan en las faenas veraniegas, esas faenas que les producen para comer un mes, porque han de pagar al comercio que les ha fiado el sustento del año anterior. Y vemos los procedimientos que utilizan, no pudiendo menos de recordar una imagen que escribió Homero en el Canto XIII de La Iliada: «Como en la espaciosa era saltan del bieldo las negruzcas habas al soplo sonoro del viento y al impulso del aventador, de igual modo la amarga flecha, repelida por la coraza del glorioso Menelao, voló a lo lejos.» Aquí también, en este pueblo mísero, conocen el bieldo y lo utilizan en sus labores. Por lo tanto —y, ¡ay!, no se pueden excluir muchos pueblos de España—, si hoy naciera otro Homero,

aun la contemplación de algunas costumbres le inspiraría análogas imágenes a las que concibió hace treinta siglos!!

El cerebro se revuelve contra todo esto. No deplora; condena. Pero..., ¿no será que estas gentes permanecen aún en la niñez, en la incipiencia de un desarrollo probable? En vano para ellas han transcurrido los siglos. Frobenius justifica de forma parecida el atraso en que se encuentran ciertas tribus de África. Pero se trata de todo un continente, no de un islote perdido en un mar donde ya soplan vientos de decadencia. Regresamos. Muchas cosas nos sugieren nuestra visita; pero bullen desordenadas e informes. Bajamos por la montaña. Cruza con nosotros una zagalilla, y con curiosidad infantil se nos queda mirando atentamente. La abordamos. Tiene catorce años y se llama Socorro Rodríguez. Es de Vigo, un pueblo próximo al que terminamos de visitar, y al que puede ser aplicable todo lo que hemos dicho de éste. La niña revela por sus palabras que posee un germen de clarividencia. Irradian simpatía sus ojos alegres y su rostro, que habla de mucho sol y de muchas privaciones. Recordaremos siempre la conversación que tuvimos con esta niña. No sabe leer, porque «es —nos dice— la mayor de los hermanos y ha tenido que cuidar el ganado desde muy pequeña». Pero ella quisiera saber leer. A una pregunta nuestra de si también en el invierno cuida sola las vacas, sin miedo a los lobos contesta que «donde hay hambre no hay miedo». Le preguntamos si quiere venir a Madrid con nosotros. No sabe qué es eso de Madrid con certeza. A ella le parece un paraíso lejano. Ha oído hablar de él algunas veces en el pueblo. Nos dice que si la llevamos en el auto (lo ha visto abajo, en la carretera), que sí va, pero «no para siempre». Luego nos habla de que en su pueblo hay muchos «malos», porque es grande «y hay muy poco gobierno».

Ahora un detalle curioso. Esta niña no conoce el valor del «sí» afirmativo. Cuando ha de contestar afirmativamente lo hace utilizando el mismo verbo que use el interrogador. Por ejemplo, al preguntarle: ¿Hay escuela en tu pueblo? Contesta: Hay. ¿Tienes trajes bonitos? Tengo.

Y nosotros, ya en el auto, de regreso, queremos filosofar, escudriñar guiados por ese detalle en el alma de estos contornos. El lago Castañeda, rumoroso y sugerente, nos despide...

[*La Esfera*, Madrid, año XII, nº 578, 31 de enero de 1925, 2 p. sin numerar, ilustrado con 6 fotografías]